

Cuadernos del Japón Nº 2

De vuelta a casa: **Dekasegi y la presencia latinoamericana en Japón**

SILVIA LIDIA GONZÁLEZ

Universidad de Los Andes
Centro de Estudios de África, Asia y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas
“José Manuel Briceño Monzillo”
Dirección General de Cultura y Extensión - DIGECEX

De vuelta a casa:
Dekasegi y la presencia latinoamericana en Japón

© SILVIA LIDIA GONZÁLEZ

De esta edición:

Universidad de Los Andes
Centro de Estudios de África, Asia y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas
“José Manuel Briceño Monzillo”
Dirección General de Cultura y Extensión - DIGECEX

Cuidado de los textos:

Norbert Molina Medina

Diseño y diagramación:

Centro Editorial La Castalia C. A.

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito Legal: LF23720113002831

ISBN: 978-980-11-1421-5

Impresión:

Talleres Gráficos Universitarios
Mérida, Venezuela

Universidad de Los Andes

Centro de Estudios de África, Asia y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas
“José Manuel Briceño Monzillo”
Avenida Principal Hoyada de Milla, Casa N° 02-76
Mérida, Estado Mérida - Venezuela
Código Postal: 5101
Telefax: (0058) 0274 - 2401885
e-mail: ceaaula@hotmail.com

La presente publicación fue evaluada y aprobada por el Dr. Ismael Cejas Armas,
árbitro designado por el Centro de Estudios de África, Asia y Diásporas Latinoamericanas
y Caribeñas "José Manuel Briceño Monzillo",
Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes.

UNA NUEVA PROPUESTA...

Para el Centro de Estudios de África, Asia y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas “José Manuel Briceño Monzillo” (CEAA) es un honor presentar ante la comunidad regional, nacional e internacional, esta nueva iniciativa académica denominada *Cuadernos del Japón*, cuyo propósito es la divulgación de estudios sobre la historia política, económica, social, filosófica y cultural del Japón, su vinculación con América Latina y, en particular, con Venezuela. Ediciones que estarán a cargo de un Comité Editorial, coordinado desde el CEAA en la Universidad de Los Andes, Mérida – Venezuela.

La Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, ha venido enseñando como materia obligatoria en su pensum de estudio, Historia de Japón desde hace casi cuatro décadas a través de la Cátedra de Historia de Asia, materias optativas y seminarios especializados. Muchos han sido los venezolanos formados durante este tiempo acerca del papel y contribución de la nación japonesa en el Orbe. En este sentido, *Cuadernos del Japón* busca difundir el conocimiento milenario de este pueblo en las nuevas generaciones del siglo XXI.

De vuelta a casa: dekasegi y la presencia latinoamericana en Japón, de Silvia Lidia González, representa el N° 2 de la colección y su objetivo es abordar los procesos migratorios existentes entre Japón y Latinoamérica. Vale destacar los múltiples caminos que conforman el presente estudio, tales como: a) el papel del Estado

japonés en las migraciones; b) la problemática del envejecimiento de la población; c) las distancias geográficas y culturales y d) la discusión existente en torno a su identidad.

Japón y Latinoamérica son regiones ribereñas al Océano Pacífico, los tránsitos de sus épocas no son recientes, ya han cumplido quinientos años, como lo representa el caso mexicano; y son relaciones centenarias en algunos casos, de acuerdo a las particularidades de los otros países con la costa pacífica de nuestro continente. Esta contribución sin duda alguna facilitará la comprensión de un proceso vigente y fluido hacia esa zona del mundo, que nos permitirá adecuarnos ante una realidad que se inscribe al interior de la sociedad japonesa y los horizontes propios a derivar en función a las conexiones que este pueblo vaya decidiendo con las pulsiones culturales de una nueva época.

Hernán Lucena Molero
Director del CEEA-ULA

PRESENTACIÓN

La Dirección General de Cultura y Extensión de la Universidad de Los Andes, tiene ante sí, la ocasión de reconocer, una vez más, la extraordinaria labor de intercambio cultural que ha desarrollado el Centro de Estudios África, Asia y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas “José Manuel Briceño Monzillo” (CEAA-ULA), al vincular conocimientos, saberes y culturas.

De allí que, se haya apoyado con entusiasmo, por más de una década, el esfuerzo sostenido por el Prof. Hernán Lucena, para establecer relación de nuestra universidad y el país, con las distintas embajadas involucradas, a partir de su distinguido rol de embajador académico.

Esta armoniosa y fructífera relación se ha visto reflejada en importantes aportes como la realización en Mérida, de las Semanas Culturales con países asiáticos, eventos que logran reunir a la población universitaria y merideña en torno a exposiciones, conciertos, conferencias, visitas, encuentros, intercambios editoriales, académicos, deportivos y filosóficos.

De igual forma destacamos, a la luz de estos puentes de amistad y cordialidad, tendidos por la acción del Prof. Lucena, algunas contribuciones inestimables, como la gestión realizada para la donación de un piano de cola, equipos de sonido y audiovisuales donados por la Embajada de Japón al Auditorio Universitario “Cesar Rengifo” de la ULA, los pasados años 2010 y 2011.

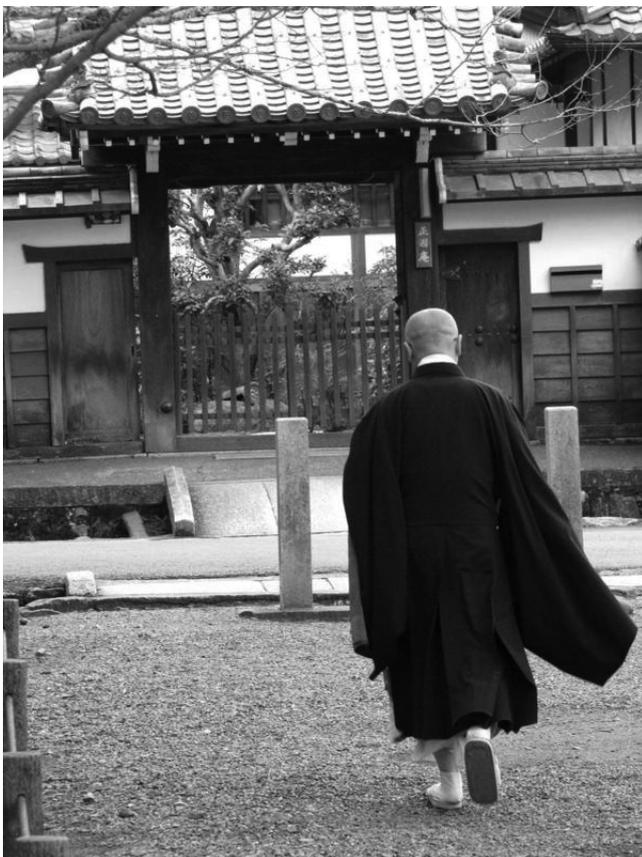
En esta ocasión, el Consejo Directivo de la DIGECEX, manifiesta su regocijo al presentar los *Cuadernos del Japón* N° 1 y

2, alusivos a la *Inmigración japonesa en Venezuela (1928-2008)* y *De vuelta a casa: dekasegi y la presencia latinoamericana en Japón* respectivamente; como expresión de nuestro compromiso de apoyo a los esfuerzos de investigación e intercambio cultural, humanístico y académico, adelantados por el Centro de Estudios de África y Asia, y como legado de nuestra Universidad de Los Andes a las culturas del mundo.

El autor del primero de estos Cuadernos es Norbert Molina Medina, investigador del CEAA-ULA y, la del segundo, Silvia Lidia González, de México, comunicadora social de amplia trayectoria vinculada al CEAA-ULA y a Japón.

Mauricio Navia A.
Director – DIGECEX - ULA

De vuelta a casa:
Dekasegi y la presencia latinoamericana en Japón





RESUMEN

En este trabajo se describen los procesos migratorios que relacionan a Japón con América Latina, con especial atención en: 1) el rol que ejerce el Estado japonés como promotor e inspector de las migraciones; 2) el problema de envejecimiento de la población más acentuado del mundo, que obliga a buscar nuevas alternativas demográficas; 3) la gran distancia geográfica y cultural que representa ese país ante nuestra mirada y, a pesar de todo, la intensa relación con América Latina, tierra que ha sido destino y origen de su más intenso movimiento migratorio; y 4) el debate vigente que intenta definir su identidad nacional, entre la sociedad homogénea (*nihonjin ron*) y el ideal de una sociedad multicultural.

Palabras clave: Migración, envejecimiento de la población, *dekasegi*, *nihonjin ron*, multiculturalismo, Nikkei.

Coming Back Home: Dekasegi And The Latin American Presence In Japan

ABSTRACT

In this paper we describe the migration processes that links Japan to Latin America, with special attention to: 1) the role played by the Japanese government in the promotion and regulation of migration, 2) the problem of aging population that is specially notorious in Japan, and the necessity to seek new demographic alternatives, 3) the intense relationship with Latin America (destination and origin of a very intense migratory movement), despite the geographical and cultural distance, and 4) the current debate that attempts to define a national identity, among the inspiration of a homogeneous society (*nihonjin ron*) and the ideal of a multicultural society.

Key words: Migration, population aging, *dekasegi*, *nihonjin ron*, multiculturalism Laws, Nikkei.



Introducción

La migración es un proceso complejo. El propio vocablo suele estar asociado a palabras como ausencia, peregrinación, destierro, cambio... Para bien o para mal, estamos sometidos a esa necesidad de buscar siempre más allá de nuestro entorno. ¿Qué buscamos? Tierras, oro, poder, dominio... han sido tal vez el móvil de muchos exploradores y colonizadores en la historia. En estos tiempos escuchamos frecuentemente razones estructurales: migramos por factores políticos, bélicos, psicológicos, sentimentales, incluso por la seducción estética que emana de algunos rincones del planeta. Y migramos –sobre todo y a pesar de todo– por motivos económicos.

Existen casi 200 millones de personas en el mundo consideradas migrantes, según organismos internacionales.¹ De ellas, la gran mayoría ha migrado por motivos de trabajo.

En América Latina, se encuentra el mayor expulsor de migrantes del mundo. Según datos del Banco Mundial, entre 2000 y 2005 salieron de México 2 millones de personas para buscar trabajo en Estados Unidos.² Los latinoamericanos viajan en busca de mejores condiciones de vida, y al mismo tiempo mantienen en su territorio una importante convivencia multicultural, con la integración de importantes colonias de inmigrantes extranjeros en sus países de origen.

Por otra parte, en Asia podemos observar los fenómenos migratorios con una perspectiva diferente, pero igualmente rela-

¹ Naciones Unidas, Asamblea General: “Migración internacional y desarrollo”, Informe del Secretario General, Sexagésimo período de sesiones, Tema: *Globalización e interdependencia: migración internacional y desarrollo*. Nueva York, mayo de 2006.

² Banco Mundial: “Indicadores del desarrollo mundial”, en informe citado: *La Jornada*. México, 16 de abril de 2007.

cionada con América Latina. Aunque Japón es uno de los países desarrollados con menos migrantes,³ es de sumo interés observar el fenómeno migratorio en ese país, por varias circunstancias: 1) el rol que ejerce el Estado japonés como promotor e inspector de las migraciones; 2) el problema de envejecimiento de la población más acentuado del mundo, que obliga a buscar nuevas alternativas demográficas; 3) la gran distancia geográfica y cultural que representa ese país ante nuestra mirada y, a pesar de todo, la intensa relación con América Latina, tierra que ha sido destino y origen de su más intenso movimiento migratorio; y 4) el debate vigente que intenta definir su identidad nacional, entre la sociedad homogénea y el ideal de una sociedad multicultural.

1.- Migración japonesa en América Latina

La mayoría de la población de origen japonés fuera de su país, está en América Latina. Aunque las estimaciones varían, se ha calculado que de los 3.2 millones de *nikkeijin* (japoneses y sus descendientes) en el mundo, podrían existir hasta 1.4 millones de personas en Brasil. A esto se suman alrededor de 80 mil en Perú; 32 mil en Argentina; unos 30 mil entre México, Bolivia y Paraguay.⁴

Si se considera que la población de Japón al inicio del siglo XXI es de alrededor de 127 millones de habitantes, los japoneses y descendientes que están fuera del territorio constituyen también una cifra conservadora, que apenas llegaría al 2 por ciento de este total.

Como anotábamos, sin embargo, el fenómeno migratorio es intenso por otras razones, más allá de las numéricas. El académico Koichiro Yaginuma, especialista en el tema, ha expuesto detalladamente las circunstancias históricas, políticas, económicas y sociales en las que se han dado estos movimientos.⁵

³ Apenas un 1.6 por ciento de la población es extranjera, según datos del Ministerio de Justicia de Japón, año 2007.

⁴ Koichiro Yaginuma: "En busca de otro sol: la migración japonesa en América Latina", texto de su conferencia en la XI Semana Cultural de Japón, Universidad de Los Andes, Mérida - Venezuela, noviembre de 2010.

⁵ *Ibid.*

A manera de repaso podemos recordar que en la era Meiji (1868-1912), el Estado japonés abrió sus puertas tras dos siglos y medio de aislamiento, y se encargó de promover la modernización y occidentalización del país. Con esa época de apertura llegaron a Japón ideas colonialistas y expansionistas, y la búsqueda del prestigio internacional.

El mencionado pensamiento expansionista (convertido luego en el militarismo y ultranacionalismo que llevaría a los conflictos bélicos del siglo XX) impulsó a los japoneses a enfrentarse en guerras con Rusia y China y, el costo de estos triunfos bélicos fue un marcado desánimo y deterioro de la economía del país.

Para finales del siglo XIX, se vivía una profunda crisis interna: pobreza y desempleo (principalmente en las zonas rurales, con un buen número de samuráis desempleados); descontento social; problemas de sobrepoblación, etc.

El Estado se convirtió en promotor y estimuló la salida de japoneses con subsidios para el viaje, empresas de emigrantes, sociedades de asistencia y escuelas de entrenamiento.

Los destinos de las migraciones eran, en principio, territorios como el antiguo reino de Hawái y estados occidentales de Estados Unidos. Sin embargo, luego de varias décadas se despertaron campañas xenofóbicas e incluso leyes de exclusión contra los asiáticos, de manera que se privilegiaron otros destinos, como algunos países de América del Sur.

Brasil y Perú fueron destinos interesantes, ante la carencia de brazos para labores como cultivos de café y caña de azúcar, construcción de carreteras, ferrocarriles y minas.

En Japón, a los migrantes se les consideraba –más que como población desarraigada– como súbditos del imperio en ultramar. Avanzado el siglo XX, sin embargo, en los países receptores, principalmente en América, los japoneses fueron etiquetados como enemigos, durante la II Guerra Mundial. Tras el conflicto, cargaban el peso de la derrota. A la discriminación racial se sumó una imagen de desprecio, alimentada por abundantes estereotipos: los señalaban como la población de raza amarilla, los derrotados, los pobres...

Con el fin de la Ocupación Aliada en Japón, entre los años 50 y 60, se reactivó la economía japonesa y se afincaron las bases

del llamado milagro japonés: entonces la imagen del pequeño país empezó a cambiar y las tendencias migratorias también.

Por primera vez en mucho tiempo, Japón demandaba mayor mano de obra de sus mismos pobladores. Creció la industria interna e incluso la expansión de ésta a otros países. En poco tiempo la isla empezó a enviar más capital que trabajadores y tecnología. Los japoneses que salían del país eran principalmente inversionistas, personas de negocios y asesores en áreas tecnológicas.

En tan sólo una generación la imagen de los japoneses en América y muchos sitios del mundo cambió radicalmente. De la desconfianza pasaron a inspirar admiración y respeto, y se veían como representantes de un país desarrollado, convirtiéndose en una “minoría modelo”.⁶

2.- Dekasegi: El retorno

A la vuelta de un siglo de la primera gran migración japonesa en América Latina, las circunstancias eran radicalmente opuestas. El otrora país beligerante y empobrecido se convirtió en un Estado constitucionalmente pacifista, sin afanes de expansión territorial y considerado la segunda mayor economía del mundo.

Para los años 70 y 80 del siglo XX, el súbito crecimiento era evidente: había gran producción; importante demanda de trabajo; alto nivel educativo (y expectativas laborales); así como una economía basada en una moneda revalorada y fuerte. Todo esto, en contraste con la insuficiencia de recursos naturales y alimentos de la pequeña y frágil nación insular.

En el otro extremo, los países de América Latina sufrieron en los años 80 lo que se ha llamado la “década perdida”, con severos problemas económicos: hiperinflación, desempleo, devaluaciones y falta de crecimiento. A esto se suman problemas sociales como la inseguridad. En el caso particular de Perú, fue una época de

⁶ Así los califica la investigadora Rosalía Ávila Tàpies: “Japón y las migraciones internacionales: una revisión bibliográfica de los artículos del International Migration Review (IMR)”, en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. XI, 663 (Universidad de Barcelona, 15 de julio de 2006), [<http://www.ub.es/geocrit/b3w-663.htm>].

violencia terrorista, marcada por la presencia de grupos como Sendero Luminoso.

La favorable situación económica en Japón y la revalorización del yen hacían atractivas las condiciones laborales en este país. La ausencia de trabajadores para mantener el boyante sistema de producción japonés obligó a las autoridades a buscar nuevas opciones para apoyar la parte laboral. Una vez más, el rol del Estado japonés fue muy importante en asuntos migratorios, sin embargo, en esta ocasión el objetivo era incentivar la llegada o el regreso de trabajadores a la isla.

Se creó entonces una política para promover inmigraciones. Se buscaban extranjeros para los trabajos 3K (*kitsui, kitanai, kiken*: duro, sucio, peligroso), que no querían realizar los japoneses. Había consideraciones especiales (residencia y visa especial) para los descendientes de japoneses (*nikkeijin*) de hasta 3 generaciones, por considerar que eran personas de la misma raza, costumbres y tendrían conocimiento del país. El sistema de inmigración laboral controlado incluyó la promulgación de la Ley sobre el Control Inmigratorio y Reconocimiento de Refugiados (*Shutsu nyūkoka kanri oyobi nanmin nintei hō*), en 1990.

Fue así como se inició la contracorriente migratoria: los descendientes *nikkeijin* volvían a la tierra de sus antecesores, protagonizando el fenómeno que se ha denominado *dekasegi* (出稼ぎ), traducido como “salir a ganar dinero”.

Habría algunas facilidades migratorias, como hemos descrito, para quienes tuvieran sangre japonesa. El reto de los *nikkeijin* era demostrarlo. Legalmente tenían que conseguir el llamado *koseki* o comprobante de consanguinidad, para obtener una visa. No faltaron entonces los “enganchadores” latinoamericanos que se ofrecían a forjar documentos y los falsos *nikkeijin* que se inventaron historias familiares y apellidos para calificar como protagonistas en esta nueva tendencia migratoria.

Los descendientes –se esperaba en Japón– deberían tener conocimiento de la cultura, costumbres, idioma, y se suponía que eso significaría mayor adaptación a la sociedad. Igualmente habría mayor control sobre ellos.

Las ilusiones y realidades no siempre coincidieron ¿Qué hacían los latinoamericanos en Japón? Eran trabajadores de la construcción, obreros en fábricas, prestadores de servicios en restaurantes, etc. Fue notoria la paradójica degradación social: algunos profesionales con estudios de alto nivel pero mal pagados en sus países de origen pasaron a ser obreros no calificados, con buenos sueldos, comparativamente. Esto les permitió ahorrar e incluso enviar prontamente remesas a sus países de origen,⁷ al mismo tiempo que estaban ayudando a mantener la pujante producción en el país receptor.

Por otra parte, con el establecimiento de los migrantes y sus familias se empezaban a crear nuevas comunidades de extranjeros en Japón, un principio para acercarse al ideal de constituir una “sociedad multicultural”, tal como veremos más adelante.

3.- ¿Migrante o Dekasegi?

Japón no es un país de inmigrantes. Históricamente en los siglos del Shogunato en que permaneció aislado, se había permitido apenas la permanencia de algunos navegantes holandeses y portugueses, establecidos desde antes en el territorio. Con la modernización y apertura, en la época Meiji, Japón admitió y tomó como modelo a los estadounidenses y europeos, quienes gozaron de ciertas libertades dentro de la isla.

Durante la Segunda Guerra Mundial, ya los afanes colonialistas del país habían sometido a algunos pobladores asiáticos, y fue así como un número importante de coreanos y chinos fueron llevados a trabajar a Japón.

Posteriormente, con el gran crecimiento económico de los años 70 y 80 se promovió por primera vez una política agresiva de inmigración, abriendo las puertas a los ya mencionados *nikkeijin* latinoamericanos.

¿Podemos llamarles migrantes a estos latinoamericanos? Legalmente, el Estado japonés les concedió a ellos y a sus familias

⁷ Fueron tan significativas las cantidades, que se crearon en Japón métodos de envío como el Convenio *Kyodai*. Además, se instalaron varias sucursales de grandes bancos de Brasil.

calidades migratorias como: residente (*teijūsha*), residente temporal, persona en capacitación (*tenshū*), persona con habilidades técnicas (*gijutsu*), estudiante (*gakusei*), etc. El control del Estado ha permitido que, en cualquiera de estas categorías, los extranjeros permanezcan legalmente en el territorio.⁸

Sin embargo, el estatus legal no garantiza permanencia. El propio término *dekasegi* se ha aplicado a residentes que reiteradamente se llaman temporales: se trata de personas que llegan al país con un compromiso laboral específico y limitado de trabajo, de manera que los japoneses no usan la palabra migrante para referirse a ellos, pues esto daría una idea de permanencia definitiva. Algunos sociólogos los llaman: “*kao no mienai teijūka*” (los residentes que no se ven).⁹

Como hemos mencionado, las expectativas, tanto de los *nikkeijin* latinoamericanos como de los japoneses, no siempre se cumplieron. En muchos casos, ser *nikkeijin* o tener sangre japonesa no necesariamente significaba entender o ser portador de la cultura japonesa; conseguir un buen trabajo y aprender las reglas de integración laboral, no era garantía de integración cultural; la tierra de las nostalgias de los padres o abuelos, no era exactamente la que ellos habían imaginado; para los japoneses, estos *nikkeijin* no resultaron tan parecidos a su raza: eran más bien exóticos y así fueron vistos, con cierta curiosidad por la fusión de sus rasgos físicos orientales con conductas, lengua y tradiciones ajenas, que no siempre fueron tolerados.

Entre los principales problemas de integración, adaptación y convivencia para los *nikkeijin* se encuentran los siguientes: por una parte, el desconocimiento del idioma ha sido una dura barrera socio-cultural; la educación, que es obligatoria, gratuita y homo-

⁸ Según cifras oficiales, 40% del total de extranjeros tienen estatus de residente. Es difícil saber cuántos trabajadores ilegales hay en Japón. Las estimaciones del Ministerio de Justicia en los últimos años han ido de 70.000 a 320.000. En el año 2006 el Primer Ministro Junichiro Koizumi estimaba que eran 250.000. Probablemente el mayor número de trabajadores ilegales se deba a la participación de las mafias o *yakuza* que, según algunos observadores, reclutan personal para obras de construcción y para explotar en tareas sexuales.

⁹ Takamichi Kajita, Kiyoto Tanno y Naoto Higuchi: *Kao no Mienai Teijūka: Nikkei Brajiru jin to Kokka, Shijo, Imin Network (Residentes que no se ven: los nikkei-brasileños frente al Estado, el mercado y la red de migrantes)*. Nagoya, University of Nagoya Press, 2005.

génea para los japoneses, no siempre se aplica de la misma manera a los hijos de los *nikkeijin*. Además del alto costo económico que significa buscar escuelas especiales o dar clases suplementarias a los hijos de estos latinoamericanos, la pauta de homogeneidad que rige al sistema educativo japonés, hace notoria la diferencia cultural y racial de estos niños, por lo que muchas veces sufren de discriminación y hostigamiento, práctica conocida en las escuelas como *ijime*. Precisamente la homogeneidad como pauta definitoria de la raza japonesa, que más adelante discutiremos, ha levantado también una barrera étnico-racial para aceptar a estos *nikkeijin*. La vida en comunidad, donde costumbres, tradiciones y prácticas cívicas no siempre son entendidas o seguidas puntualmente por los extranjeros, son también un problema en este proceso de integración a la nación nipona.

Lejos de adoptar una identidad transnacional, es decir, de incorporar elementos de varias culturas, los *nikkeijin* han acentuado su otredad.¹⁰ Se sienten más latinoamericanos que nunca. Suelen exaltar lo nacional en la cultura (como prueba encontramos carnavales, fiestas patrias, religiosas, etc. realizados en pleno corazón de la tierra japonesa).

Como hemos visto, en la parte económica el fenómeno *dekasegi* ha sido positivo sin embargo la temporalidad que impone esta palabra, no ayuda al proceso de integración sino que deja cierta marca de exclusión dentro de la sociedad japonesa.

4.- El envejecimiento de la población

El siglo XXI es, para muchos observadores internacionales el de las migraciones, y esto se relaciona con otra tendencia demográfica: el mundo está envejeciendo.

Los problemas poblacionales, en el tránsito del siglo XX al XXI apuntan a dificultades diferentes. Mientras en el siglo XX el aumento desmesurado de la población era el punto a resolver, y elevar las expectativas de vida era un reto, la nueva centuria nos

¹⁰ Takeyuki Tsuda: *Strangers in the Ethnic Homeland: Japanese Brazilian Return Migration in Transnational Perspective*. New York, Columbia University Press, 2003.

presenta otro escenario: el patrón cultural moderno, sobre todo en países desarrollados, consolida la tendencia a tener mayor expectativa de vida, mientras son cada vez más bajas las cifras de fecundidad.

Entre menos pobladores, hay menos producción y más gasto social. El reto es, por una parte, actuar ante el rápido envejecimiento a escala mundial, y entender el cambio estructural que eso significa: habrá más ancianos, con mentalidad, necesidades y actividades diferentes a las de otros tiempos. Habrá otros escenarios y, sobre todo, será imperativo mantener la productividad con renovada fuerza laboral. La pregunta central es: ¿quiénes serán esos nuevos trabajadores ineludibles para seguir creciendo en el siglo XXI?

Japón es el país de la vejez. Justamente en este gigante de la producción y de la economía del mundo, es donde se acentúa este problema demográfico. Los principales factores que inciden en la situación son: la baja tasa de fecundidad (1.2 hijos por cada mujer en edad reproductiva); mayor esperanza de vida en el mundo (mujeres 85.5 años; hombres 78.5 años); escasa inmigración (menor que en otros países desarrollados). Como consecuencia de esta disminución, ya hemos dicho, crecen la demanda de seres productivos y los gastos sociales, ya que la población longeva se vuelve dependiente, requiere pensiones, servicios de salud y otras atenciones especiales. Precisamente por mantener ese nivel de vida, Japón tiene el más alto déficit público de los países desarrollados.

Las proyecciones indican que en el año 2025 habrá: 2 personas en edad productiva (14-64 años) por cada dependiente (mayor de 65 años). Más adelante, en el 2050, se proyecta que habrá 1.5 personas en edad productiva (14-64 años) por cada dependiente.¹¹

Ante este problema, nuevamente el Estado japonés intenta intervenir con alternativas como: incentivos a la fecundidad, y una ligera apertura a la inmigración.

Este punto vuelve a ser especialmente sensible. El Estado japonés tendría las siguientes opciones: rechazar inmigrantes, lo

¹¹ Para algunas proyecciones demográficas, ver: Sergio Plaza Cerezo: "Las migraciones económicas en Asia Oriental", en *Cuadernos de Estudios Empresariales*, 6 (Madrid, 1996), pp. 327-346. / Ministry of Internal Affairs and Communications, Statistics Bureau, *Census NIPPSRR* (2006), Population Projection for Japan, 2006-2055.

cual ocasionaría que para el año 2100 la población descendiera a menos de la mitad y, paulatinamente, llevaría prácticamente a la drástica desaparición de la misma. Por otra parte, la segunda opción sería aceptar inmigrantes. Esto exige una urgente revisión de las políticas migratorias, en vista de que, para mantener el aparato productivo vigente, desde este momento se estarían necesitando unos 600.000 inmigrantes al año. Esto llevaría, sin embargo, a un drástico cambio demográfico estructural, pues para el año 2050 la población de origen extranjero sería el 30 por ciento del total.

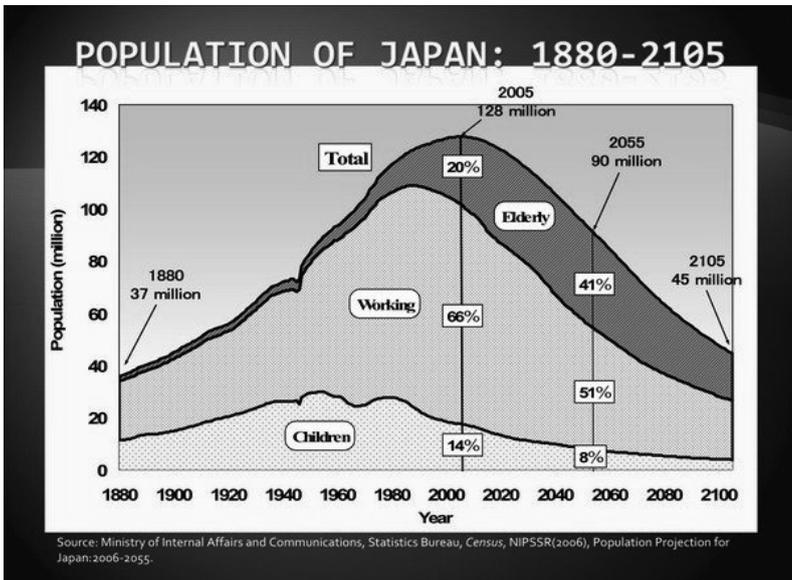


Tabla de la población japonesa: 1880-2105

5.- El choque de culturas

El siglo XXI, como mencionamos, será escenario de importantes migraciones por los cambios demográficos y la necesidad de desplazar trabajadores de un lado a otro del mundo. Este proceso es visto como uno más de los efectos de la controvertida globalización, característica de la centuria pasada.

El concepto que ha distinguido a nuestra época, la globalización, representa para muchos, grandes beneficios económicos, tecnológicos y comunicacionales extendidos a escala general, mientras que se le imputa, por otra parte, ser un fenómeno del mundo moderno que ha propiciado el atropello de derechos humanos y tradiciones originales de los pueblos.

Aquí se abre un profundo debate sobre el choque de culturas, que en realidad es mucho más antiguo que el concepto actual de globalización. Algunos ven las migraciones, en diferentes circunstancias, como un proceso de dominio y sometimiento, mientras que otros intentan describirlas como un experimento de integración, un intento por crear nuevas formas de convivencia social, a escala mundial, o lo que más adelante describimos como una sociedad multicultural.

Nuestro objetivo en esta publicación no es profundizar sobre el debate cultural entre antropólogos, sociólogos, comunicólogos y otros especialistas sobre lo que significa esa multiculturalidad o multiculturalismo. Se trata de una materia que reta a explorar y comprender el concepto de cultura que ya es, de por sí, bastante complejo.

Digamos, sencillamente, que cultura se refiere a la forma de interpretar el mundo y convivir, de acuerdo con factores como la identidad particular, es decir, de grupos específicos a los que pertenecemos (género, raza, nacionalidad, localidad, religión, tradiciones...). Otra forma de interpretación del mundo puede provenir de una visión más universal, de conglomerados más amplios (mezcla de grupos particulares, razas, nacionalidades, religiones, tradiciones...).

Justamente cuando estas diferentes maneras de ver el mundo entran en conflicto, aparecen conceptos como asimilación,

transculturación, aculturación, dominio, segregación, poder, que describen el intento de imponer una sola de estas visiones, por encima de las ajenas.

El pensamiento multicultural representa, en gran medida, ese intento por equilibrar las visiones, y debe evitar, tanto el particularismo reduccionista que intenta localizar a cada individuo en el gueto de sus raíces, como el universalismo abstracto y uniformador que trata de crear en la humanidad un colectivo de hombres internacionales, idénticos. La solución estaría en el equilibrio, la comprensión y aceptación de la diversidad cultural, el diálogo y la coexistencia.

6.- Problemas de identidad

Los individuos que protagonizan este fenómeno demográfico en el siglo XXI, las personas que migran, aún en las circunstancias menos favorables y alejadas de investiduras de poder, son portadores de una identidad, son miembros de una cultura y, por tanto, afectan necesariamente a otras culturas, por lejanas o ajenas que parezcan.

Igual que las culturas, las identidades en el mundo son complejas y dinámicas. Lo que somos como individuos, como parte de un grupo, sociedad, país o del universo más amplio, también se transforma. Por lo tanto, a la pregunta de: ¿qué significa ser...? miembro de una raza, ciudadano de un país, creyente de una religión, o parte de cualquier otro ente, podemos esgrimir variadas respuestas.

¿Qué significa ser...japonés? El debate antropológico que intenta responder a esta pregunta contempla, tanto la visión occidental –es decir, la visión de los otros– como la oriental o japonesa –la visión propia–.

Los conceptos de la antropología occidental han intentado definir a los japoneses, en ocasiones con agudas observaciones sobre su carácter, pero en otras también con fórmulas simples y ajenas al conocimiento profundo de esta cultura. El académico japonés Kazuyasu Ochiai, critica la descripción simplista de al-

gunos observadores, que identifican a los japoneses por sus 3 S: sonrisa, silencio y sueño.¹² Por otra parte, las formas y códigos de expresión y comunicación japoneses no siempre se entienden en otros contextos.

El silencio, por ejemplo, no es un rechazo a la comunicación, sino un recurso expresivo, una forma de comunicarse. Tendríamos que rastrear en las profundidades históricas y filosóficas de este país para entender la importancia de los conceptos *yohaku* 余白 (espacio vacío) o *ma* 間 (pausa o silencio), que son parte del equilibrio individual y social. O indagar en ese insondable significado del silencio, a partir de la conversación del antropólogo y semiótico japonés Masao Yamaguchi con el reconocido escritor mexicano Octavio Paz, al decir que:

‘En la estética medieval (japonesa) lo que no se decía era a menudo más importante que lo dicho’. Paz le respondió positivamente diciendo: ‘Exactamente. El poeta no dice todo y deja al lector la posibilidad de completar su poema’[...] Estas palabras nos recuerdan *haiku* y *tanka*, los poemas cortos japoneses compuestos respectivamente de solo 17 y 31 sílabas en que lo dicho es solo un prelude de lo que no se queda dicho.¹³

Aunque se ha intentado una definición concreta sobre lo que significa ser japonés, los mismos académicos y científicos sociales de esta nación reconocen la imposibilidad de llegar a una sola conclusión. La antropóloga japonesa-americana Dorinne K. Kondo¹⁴ habla, por ejemplo, de que un japonés no se reconoce fácilmente de una sola forma, y que existe una variedad de lo que el mundo occidental llamaría un “mi mismo”. Los japoneses responden con una “variedad de sí mismos”, nunca con uno solo.

Este pueblo ha intentado históricamente llegar a definir su identidad, desde variadas perspectivas. Antigüamente, el ser japonés se definía por sus mitos fundacionales, por la pertenencia

¹² Kazuyasu Ochiai: “Livin’ la vida glocal: La autoconciencia de los japoneses y el mundo occidental”, Ponencia en el XI Congreso Internacional de ALADAA, México, 2003.

¹³ Masao Yamaguchi: “Octavio Paz bajo las miradas de oriente”, en *Uno Mas Uno*. México, 13 de mayo de 1978, p.6.

¹⁴ Dorine K. Kondo: *Crafting Selves; Power, Gender, and Discourses of Identity in a Japanese Workplace*. Chicago, The University of Chicago Press, 1990.

al imperio que creó la Diosa Sol Amaterasu, al penetrar los mares con su lanza. Durante las luchas políticas de nobles y vasallos, entre los siglos XII y XVI, el carácter nipón se asociaba a prácticas filosóficas y estéticas como *sabi*, *wabi*, *furyuu*, términos que se referían al ideal de la soledad y “la trascendencia de la simplicidad”. Durante el Shogunato, entre los siglos XVI y XIX, predominaron ideales estéticos como el *iki* y *sui*, para encontrar belleza y sensualidad en los placeres. A finales del siglo XIX y durante los inicios del XX, se reivindicó el ideal del *bushido*, la filosofía de los guerreros samurái, en combinación con antiguas enseñanzas confucianas. Las ideas nacionalistas y ultra nacionalistas, combinadas con el militarismo del *kokutai* (国体) y la academia al servicio de la ideología dominante, llevaron a Japón a la II Guerra Mundial.

La identidad japonesa definida por la supremacía de una nación unida por la hermandad y protección de un regidor sagrado (el emperador) fue sacudida drásticamente con la derrota en la guerra.

Tras el famoso “milagro económico” que recuperó el nivel de vida de la sociedad, los japoneses se han identificado como la primera mesocracia del mundo (90% población se considera de clase media). Después han venido una serie de lemas, acuñados por el propio Estado japonés, de acuerdo con sus ideales políticos en cada época, para definirse como una nación que ha buscado: la internacionalización (*kokusaika*); la democratización (*minshuka*); la modernización (*kindaika*).

Para muchos japoneses “su” cultura es un marco hermenéutico y conjunto de referencias simbólicas más que un universo con el que se sientan vinculados afectiva y genuinamente. La autoridad, es decir el Estado japonés, ha jugado un papel importante en la imagen y la definición de una identidad nacional.

7.- Nihonjin ron: Una sola raza vs. Japón multicultural

El estudio o las teorías de lo japonés conocidas como *nihonjin ron* (日本人論) sostienen, como premisa central, que Japón es un país único, excepcional, con una sociedad homogénea, una

sola cultura y una sola raza (*tan itsu minzoku*), y que la orientación grupal es el patrón cultural que forja el comportamiento.

En defensa de esta idea de homogeneidad, la historiografía japonesa ha argumentado que la geografía del archipiélago ha influido en el carácter específico de sus pobladores. Los dos siglos y medio de aislamiento o país encerrado (*sakoku*) durante el Shogunato Tokugawa fueron un molde de identidad único e impenetrable, según otras versiones. Desde el punto de vista lingüístico se ha llegado a argumentar que, en contraste con lenguas europeas en las que las vocales se procesan en el hemisferio derecho del cerebro (igual que las emociones), los japoneses las procesan en el izquierdo (igual que las funciones lógicas). Según esta idea, *Logos* y *Pathos* forman parte de un mismo conjunto para los nipones, lo que los hace completamente diferentes.

Los orígenes del *nihonjin ron* pueden relacionarse con algunos aspectos de la historia antigua. En tiempos recientes, la discusión de la identidad nacional se vincula cercanamente con la obra *El Crisantemo y la Espada* de la antropóloga norteamericana Ruth Benedict, quien intentaba explicar los patrones culturales que definen a los japoneses, a partir de sus observaciones en los campos de concentración en Estados Unidos, durante la guerra.¹⁵ De ahí se extraen algunos términos para caracterizar a los nipones que, al parecer, han calado en la conciencia nacional y son constantemente repetidos. Con cierto acento poético, los japoneses aceptan que rigen su conducta por los conceptos: *amae* (甘え), *tatema* (建前), *hon ne* (本音), *omote/ura* (表/裏), *uchi/soto* (内/外), *ie* (家), *haragei* (腹芸), que no tienen siempre traducciones precisas pero que sencillamente describen formas de conducta deseadas para mantener relaciones sociales armónicas (agradar, caer bien, dar una cara externa amable y guardar sentimientos reales en el interior...).

Algunos opositores a esta idea sostienen que *nihonjin ron* es un “discurso”, y no un “sistema de conocimiento”, sugiriendo que por más repetidas que sean estas “teorías de lo japonés”, impulsadas inicialmente por el Estado, no tienen fundamentos científicos ni académicos suficientes.

¹⁵ Ruth Benedict: *El crisantemo y la espada*. Madrid, Alianza Editorial, 2003.

Entre la corriente crítica de esta tendencia que ha surgido desde mediados de los años 80, podemos destacar la voz del antropólogo americano-japonés Harumi Befu,¹⁶ quien cuestiona la intención de fundir en una sola identidad a la sociedad japonesa y propagar una especie de “nacionalismo cultural” que ha inundado el mundo académico y editorial.

Autores como Hiroshi Komai, Yasuaki Onuma y Eiji Oguma¹⁷ también se oponen a lo que han llamado el “mito del *nihonjin ron*” (*tan itsu minzoku no shinwa*), y defienden la idea de que Japón es un país de diversidad cultural y lingüística. Algunos otros sostienen, a partir de esta idea, que Japón es una nación multicultural.

En oposición a este discurso de la sociedad homogénea, se impone recientemente una nueva idea impulsada por el Estado. Japón ha de ser, ahora, una nación multicultural. El discurso corresponde al de muchos países del mundo desarrollado que intentan reivindicar algunas luchas sociales y movimientos en defensa de los derechos civiles. En Japón, aunque la idea flota en el ambiente, aún no se concreta el camino hacia la vida plural, pero los esfuerzos se dirigen en ese sentido, como veremos a continuación.

Según esta política, la multiculturalidad celebra la coexistencia, la tolerancia, el respeto mutuo, el intercambio cultural y se supone que trae grandes beneficios a toda la nación.

Apoyar el multiculturalismo no equivale necesariamente a apoyar la inmigración, sin embargo, en la práctica, valora este fenómeno demográfico. Toda sociedad es multicultural *per se*, en función del ya referido dinamismo de la cultura. Entre el choque de términos como diversidad y migración, las sociedades ponen

¹⁶ Harumi Befu: *Zoho - Ideorogii toshite no Nihon Bunkaron (Enlarged edition: Japanese Culture Theory as Ideology)*. Kyoto, Shiso no Kagakusha, 1987.

¹⁷ Para detalles sobre estas posiciones críticas, ver: Hiroshi Komai: “Tan'itsu Minzokushugi wa Koerareruka: Nihon ni Okeru Tabunkashugi no Kanosei (Can the Myth of Homogeneity be Overcome? The Possibilities for Multiculturalism in Japan)”, en *Sekai*, Tokyo, 1992, pp.88-96. / Eiji Oguma: *Tan'itsu Minzoku Shinwa no Kigen: 'Nihonjin' no Jigazo no Keifu (The Origin of the Myth of Ethnic Homogeneity: The Genealogy of 'Japanese' Self-Images)*. Tokyo, Shin'yosha, 1995. / Yasuaki Onuma; *Tan'itsu Minzoku Shakai no Shinwa o Koete: Zainichi Kankokujin/Chosenjin to Shutsunyukoku Kanri Taisei (Getting Over the Myth of The Homogeneous Society: Resident Koreans and the Management of the Immigration System)*. Tokyo, Toshindo, 1993.

en perspectiva su integración y reconocen la aparición de nuevos actores sociales en la escena, como han sido los migrantes.

Por otra parte, como política pública, se propone desde los años 70 en países como Estados Unidos, Canadá y Australia. En Japón se propagó la idea a partir de los 80 en que los extranjeros empezaron a ser físicamente notables.

En una perspectiva amplia el cambio del discurso de la nación única y homogénea (*nihonjin ron*), a la pluralidad del multiculturalismo, sigue siendo un ideal más que una práctica o una profunda creencia social.

En estos tiempos, aunque se hable de multiculturalismo, todavía encontramos como una referencia *El Crisantemo y la Espada*, traducido a decenas de idiomas con millones de copias vendidas durante más de seis décadas.

Por otra parte, no es raro escuchar, en las élites del poder, expresiones reiterativas de la supuesta singularidad nipona. Así, primeros ministros, gobernadores y autoridades de educación, siguen declarando que las bondades de la sociedad japonesa se basan en su uniformidad racial, que los extranjeros serían siempre la fuente de los problemas por ser ajenos a esta unidad racial y, entre lo más grave, la aseveración de que el sistema educativo japonés debe ser homogéneo, es decir, que funciona para todos los que son iguales.

En la opinión pública, este tipo de discursos sigue arraigado de manera conservadora con afirmaciones simplistas, prejuicios, estereotipos y etiquetas. Muchos japoneses, según varias encuestas recientes, creen que los bajos índices de criminalidad de Japón se podrían elevar por la presencia de extranjeros. Por otra parte, aceptan que se necesitan trabajadores de otros países, pero preferirían personal calificado.

El ideal de un país multicultural requiere, naturalmente, acciones concretas y el Estado que propugna esta política debe adoptar un papel activo. Las políticas públicas de otros países que buscan el multiculturalismo contemplan, entre otras: medidas de reconocimiento a la ciudadanía de grupos diversos; apoyo a la creación de medios alternativos y de festivales de grupos minoritarios; aceptación de religiones diversas; apoyo a manifestaciones artísticas; representación de minorías en grandes ámbitos; políticas

liberales de inmigración; respeto a la leyes internacionales vinculadas con el tema, etc.

En Japón, en términos generales, aún faltan muchas de estas acciones. La educación multicultural y el intercambio internacional han fallado y aún funcionan con estereotipos. El acceso a estudios y posiciones laborales estratégicas es difícil. Las políticas inmigratorias aún son estrictas. Hay poco espacio para refugiados o asilados.¹⁸ Japón ha sido de los últimos países en ratificar leyes internacionales como la Convención para la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial (ICERC) de 1969.

No obstante, en particular, algunas localidades con alta concentración de extranjeros (en las prefecturas de Aichi, Kanagawa, etc.) han puesto en práctica importantes medidas de reconocimiento de estas comunidades.

Cada vez más prefecturas hacen esfuerzos por explicar sus códigos de convivencia en variadas lenguas, que permitan la integración de extranjeros. A escala nacional sí se puede destacar la calidad de los servicios públicos que intentan explicarse en diferentes lenguas.

Otra notable iniciativa es el apoyo de Japón a las artes de todo el mundo. La Expo Aichi del año 2005, los variados festivales internacionales de cine, las permanentes muestras de arte de todo el planeta en espacios japoneses son ejemplos de esta intención.

Hasta ahora, en términos estadísticos, Japón es de los países industrializados con el menor número de inmigrantes y sigue siendo relativamente homogéneo en términos étnicos y migratorios. El número de inmigrantes, sin embargo, ha aumentado en los últimos años, por los factores que hemos visto: envejecimiento social, baja natalidad, sector de servicios de bajos salarios, disparidades de ingresos. Y la tendencia continuará en ese sentido. A corto plazo, a pesar de algunos esfuerzos, es probable que Japón no llegue a ser multicultural. No obstante, a mediano plazo, la transformación natural de la sociedad japonesa, con la aceptación forzosa de trabajadores extranjeros que sí sean reconocidos como migrantes,

¹⁸ Información obtenida en entrevista de la autora con Hiroaki Ishii, representante de la Asociación Japonesa para Refugiados, durante la presentación del director de la película *Sin Nombre*, Cary Joji Fukunaga, Instituto Cervantes, Tokio, febrero 10, 2010.

reta al cambio. El multiculturalismo tendrá que ser, más que un ideal, una práctica y una filosofía real.

La propuesta para que el ideal político de una sociedad multicultural llegue a la conciencia tanto de los japoneses como de los inmigrantes que llegan a este país, y para que se pongan en práctica estos principios de convivencia involucra la participación, no solamente del Estado japonés sino de los estados de origen de esos migrantes así como de organizaciones civiles, instituciones académicas y la comunidad en general.

Por supuesto, el diálogo cultural nos obliga a conocer ambas partes. En el caso de los migrantes y, específicamente los *nikkeijin* latinoamericanos que han ido a Japón, surge la necesidad de indagar sobre el país receptor desde nuestras propias tierras.

Sin que llegue a darse una integración total, sin dolorosos procesos de transculturación, transformación o sumisión sino con actividades que promuevan el conocimiento y la comprensión mutua será más fácil llevar a cabo este propósito.

En este sentido la promoción de las manifestaciones culturales y el arte de todos los países puede ser un gran incentivo. Igualmente el papel que juegan los medios de comunicación en la comprensión y la lucha contra los estereotipos también contribuye a este propósito.

Una instancia fundamental es el mundo académico. La educación, más que obedecer a etiquetas o patrones para homogeneizar, debe abrirse a la comprensión de un mundo diverso. Es importante destacar que existen en Japón cada vez más universidades que han diversificado sus programas de estudio y sus sistemas educativos; así lo ha hecho algunas universidades de estudios internacionales, donde la enseñanza de las lenguas siempre se acompaña de estudios sobre el contexto social, cultural, histórico, geopolítico y económico en los que se hablan esas lenguas.¹⁹ Más allá de lo que sospechamos, en diferentes círculos culturales y académicos de Japón el mundo hispano y Latinoamérica empiezan a ser un reto para el estudio, el conocimiento, y la comprensión de la sociedad japonesa.

¹⁹ Particularmente, puedo hablar de una experiencia en este sentido, en la Universidad de Estudios Internacionales de Kanda (KUIS), ubicada en Chiba, Japón.

Nos concierne también a nosotros corresponder a ese diálogo con el estudio sistemático de los asuntos japoneses, en las instituciones académicas de América Latina. Diferentes actividades como la organización de Semanas Culturales de Japón en varios países, organizadas por universidades y centros educativos, en coordinación con las embajadas del país asiático, han sido estratégicas en este sentido. A esto se suman también las cátedras y centros de estudios sobre temas orientales o específicamente sobre tópicos japoneses, en instituciones de educación superior.

Los convenios de intercambio académico promovidos por universidades japonesas y universidades latinoamericanas, contribuyen también a ese propósito de mutua comprensión.²⁰

Si bien, es difícil concretar el ideal de ser una nación multicultural, Japón reconoce su intención, y su necesidad de alcanzar ese fin. Se trata de un país con un alto sentido de la autocrítica, que nos permite estudiar todas las metas que faltan por cumplirse. Desde nuestra perspectiva, no podemos dejar de reconocer los esfuerzos, la calidad de las acciones que ya se encaminan a ese propósito de la integración y la comprensión social y cultural de los otros. ¿Estará también en los planes de nuestros países latinoamericanos, ser multiculturales? ¿Cuánto nos falta a nosotros por llegar a esa meta? ¿Estaremos emprendiendo las acciones necesarias para convivir conociendo y entendiendo a los japoneses...y a los otros, que también son parte de este mundo global y cercano al mismo tiempo?

²⁰ Hasta el año 2010 se habían celebrado 11 semanas culturales de Japón por parte de la Universidad de los Andes, con apoyo de la Embajada de Japón en Venezuela, como ejemplo de este tipo de actividades. Esta institución ha firmado también, en 2010, un Convenio de Intercambio y Cooperación Académica con la referida Universidad de Estudios Internacionales de Kanda, reiterando este mismo objetivo de entendimiento mutuo y diálogo cultural.

